

podiese comprender la magnificencia de este templo ántes que lo arruinase el demonio, ¿no se penetraría de tanto dolor, como el Profeta cuando vió profanar por los bárbaros el Santo de los Santos, y reducir á cenizas todo lo más rico y sagrado que contenía el templo de Jerusalem? Tú, ó Teodoro, eras un templo mucho más santo y respetable: no brillabas por el esplendor del oro y de la plata, sino por los dones del Espíritu Santo: en lugar del arca y de los querubines tenías al mismo Jesucristo y á su eterno Padre. Pero tu alma ha quedado reducida á la más lamentable pobreza. En lugar de la encantadora belleza que ántes la adornaba, y que podría llamarse divina, es como una tierra desierta y abandonada á todas las pasiones que quieren albergarse en ella, ó como una casa abierta en que nada se guarda, y en que pueden penetrar sin obstáculo el orgullo, la impureza y la codicia. Como ninguna de estas cosas entra en el cielo, tampoco entraban ántes en tu alma, porque con el mayor cuidado conservabas su pureza. Estoy seguro de que ninguno de los que te rodean pueden persuadirte estas verdades, y ésta es otra de las causas de mi amargura. Pero sé, por otra parte, que tu conversión es superior á tus fuerzas, y que está en las manos de Dios. Él es el que saca al pobre de su miseria, y coloca á los príncipes sobre las alturas del trono. No te desanimes pues, ni escuches al demonio que, despues de hacerte caer, quiere precipitarte en la desesperación: pues si él ha podido reducirte al miserable estado en que te hallas, Dios puede sacarte de él y volverte al que ántes ocupabas. Sólomente pido que no recaigas, que no pierdas la esperanza, sobre todo que no dejes apagar el fuego de la fé como hacen los impíos: porque éste sería el mayor de los obstáculos para tu conversión.

« Cuando el demonio ha arrastrado á alguna persona á la corrupción, nada olvida para sumirla en la desesperación y

cerrarle de este modo las puertas para su reconciliación con Dios. Sabe que nos salvamos por la esperanza: que ella es el áncora y el fundamento de nuestra vida, y que nos lleva como con la mano á Dios: que es como una cadena de oro que pende del cielo, y que eleva á los que á ella se sujetan, librándolos de los peligros del mundo. Por el contrario, aquellos que rehusan asirse á ella, ó que lo hacen muy débilmente, se precipitan en el abismo de la malicia, que es el colmo de la desgracia y de la depravación humana¹. »

« Muy bién lo sabe este formidable enemigo de nuestras almas, y hé aquí porque, despues de haberte cargado con el peso enorme de los crímenes, trata de agoviarte con otro más grande, arrebatándote la esperanza y precipitándote en los abismos de la desesperación. »

« En este desgraciado estado te hallas, querido Teodoro, por haber perdido el ánimo. Has abandonado al Maestro celestial tan dulce y tan misericordioso, y te has sometido á la cruel servidumbre del más despota é implacable de todos los tiranos. Haz rechazado su yugo dulce y ligero, sustituyéndolo por las pesadas y humillantes cadenas de la esclavitud. Más aún, este tirano te ha tratado como bestia de carga ¡ Ay ! ¡ que mudanza tan terrible has sufrido ! ¡ en que abismo tan profundo de males te has sumido ! La muger de que dice el Evangelio que había perdido una

¹ Demuestra san Juan Crisóstomo en este pasaje cuán funesto es el estado de los que se entregan enteramente al desarreglo de las costumbres, y que para no verse turbados por los remordimientos de conciencia, se esfuerzan en extinguir de sus almas el fuego de la fé, pretendiendo no esperar cosa alguna en la otra vida. Éste es el lazo peor que puede tender el demonio, y cuando ha cogido en él al pecador, puede decirse, que lo posee enteramente y con toda seguridad. ¿ Qué pensaría el Santo si viviera en nuestros días, y viese á tantos que, no contentos con no creer, se esfuerzan por escribir libros y más libros para extinguir de los corazones todo sentimiento de religion ?

dracma, reúne á sus vecinas para que con ella se regocijen por haberla encontrado. Pero ¿ no debo yo hacer todo lo contrario ? ¿ no debo yo reunir á todos mis amigos, que son precisamente los tuyos, y decirles : Léjos de alegrarnos, venid, llorad conmigo, exhalad hondos suspiros y ayes lastimeros, porque hemos sufrido una grande pérdida ? No se trata de una gran cantidad de oro ó de piedras preciosas, sino de una pérdida mucho más sensible y lastimosa, de un alma que, caminando con nosotros por el agitado mar de este mundo, ha abandonado la navegación, se ha arrojado al agua, y ha perecido miserablemente. ¿ Qué consuelo podra encontrar mi alma ? ¿ No podre yo contestar á los que pretendan darme alguno, con las mismas palabras del Profeta Isaías : *Apartaos de mí, amargamente lloraré : nos os empeñeis en consolarme sobre la ruina de la hija de mi pueblo ? Si me aflijiese por la muerte corporal de alguna persona, se me podría tachar de débil por entregarme á un llanto excesivo ; pero me aflijo por la muerte de un alma, y esto no es una debilidad, sino un efecto de la sabiduría evangélica. »*

« ¿ Como el que se había elevado al cielo por el ardor de sus deseos, el que habia despreciado tan generosamente el mundo y todas sus vanidades, el que no se impresionaba por la belleza terrena, cual si fuere una estatua, el que miraba el oro como estiércol, y habia renunciado á todos los placeres, como ahora se encuentra esclavo de todas estas pasiones ? ¿ Como este alma, dotada de tan encantadora belleza, la ha perdido en los violentos accesos de la fiebre del pecado, hasta el punto de no quedarle ni salud, ni fuerza, ni vestigios de su antigua belleza ? ¡ Ah ! lloremos, lamentemos su pérdida, y no dejemos de gemir, hasta que tengamos el consuelo de verle volver á la sociedad de los santos. »

Despues de expresar su dolor, le exhorta el Santo de

nuevo á que no se desanime, sino á que piense en su pronta y eficaz conversión. Para animarle á la confianza, le propone muchos ejemplos sacados de la Sagrada Escritura, entre otros los de Nabucodonosor, Acab, Manasés, los Ninivitas, el buen Ladrón, etc. « La penitencia, dice, borra todos los crímenes por grandes que sean, mientras estamos en la tierra ; pero es inútil despues de la muerte. De suerte que, mientras no se ha caído en el infierno, no debe perderse la esperanza. »

Despues de exhortarle con los motivos más poderosos que su celo le sugeria, y que desarrolla con su admirable elocuencia, añade á los ejemplos ya citados, el de la conversión de dos solitarios acaecida en su tiempo, los cuales, habiendo tenido la desgracia de abandonar su profesión, volvieron á ella, recobraron su antiguo fervor, y se ejercitaron en la práctica de todas las virtudes monásticas.

« Tú has hecho, le dice, como el jóven de Fenicia, hijo de Urbano, que en una edad muy tierna se encontró huérfano. La muerte de sus padres le puso en posesión de una gran fortuna, y se aplicó al estudio de las letras ; pero movido por el espíritu de Dios, renunció á las vanidades del mundo, se cubrió de un pobre manto, y se retiró á la montaña para abrazar la vida solitaria. En ella practicó todos los ejercicios con tanto fervor, que llegó á igualar á los que habian envejecido en el mismo desierto, y se le consideró digno de ser consagrado al ministerio de los altares. Su celo aumentó con este honor, é hizo tantos progresos en la piedad, que fué durante mucho tiempo la admiración de todos cuantos le veian : pues no podian dejar de dar gracias á Dios, viendo á un jóven de esclarecido nacimiento y educado en medio de los placeres y de la opulencia, hollar con tanta generosidad el fasto y los placeres del mundo, y elevarse por su desprendimiento á tan sublime grado de virtud. Pero seducido despues por al-

gunos de sus parientes que vinieron á visitarle, volvió al siglo, y del exceso de la piedad pasó al exceso de los desórdenes, de modo que tanto como habia adelantado en la virtud, tanto se precipitó en el lujo y la disipación. »

« Todos los que fueron testigos de esta mudanza creyeron que nada podia esperarse de aquel alma, tanto más cuanto que se habia rodeado de una multitud de parientes y adula- dores que no dejaban de representarle que si hubiera continuado en su resolución, hubiera privado al mundo de sus talentos, y se hubiera privado á sí mismo de las ventajas que le ofrecia su cuantiosa fortuna. A estos frívolos discursos añadían imposturas contra los que le habian aconsejado la vida solitaria, y no dejaban; por último, de aplaudir sus desórdenes. »

« Mientras que de esta manera se hallaba asediado por sus aduladores, y se entregaba ciegamente á todas sus pasiones, algunas personas animadas de celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, y que no ignoraban que la misericordia de Dios es muy grande, y por lo tanto, que no debe desesperarse de la reconciliación del pecador, formaron el piadoso designio de prescindir de la turba de aduladores que le rodeaba, y hacerle conocer el lastimoso estado de su alma. La cosa, sin embargo, no era tan fácil. Se acercaron á él con cortesía y afecto; pero se contentó con responder friamente á su saludo desde lo alto del caballo en que iba montado, y les respondió con enfado y desprecio. Léjos de ofenderse, se movieron más á compasión, y no temieron acercarse nuevamente á él considerándose muy bien recompensados, si podían arrancar esta oveja descarriada de las garras del lobo. Su paciencia llegó á conseguir sus deseos: continuaron buscando ocasión de hablarle, y sus reiteradas instancias lograron al fin abrir, los ojos de este desgraciado, que los recibia con más atención, se bajaba de su caballo, los escuchaba con mo-

destia y penetrado de confusión. Al cabo de algunos dias se desprendió de los lazos con que le habia rodeado el enemigo, y se acogió de nuevo al desierto, para salvar su alma. »

« Hecho más prudente con su propia experiencia, comprendió que los grandes bienes que poseia eran un poderoso motivo de tentación para él, los vendió y distribuyó á los pobres, para no hallarse expuesto más á ella. Libre ya de lo que podia hacerle simpático el siglo, se consagró enteramente á la vida que podia llevarle al cielo, y adelantó en ella con tanto fervor, que llegó á la más alta perfección. »

El segundo ejemplo que refiere san Juan Crisóstomo, es el de un ermitaño que en compañía de otro amigo se habia retirado al desierto, en donde ambos vivian como dos ángeles. Pero despues de haber envejecido en el ejercicio de las virtudes, se relajó el primero, y encontrándole el demonio negligente, y por lo tanto, dispuesto á la tentación, le atacó tan fuertemente, que consiguió hacerle sucumbir. Como un abismo llama otro abismo, este solitario, una vez caído, no pensaba en otra cosa que en abandonar el servicio de Dios para ir á gozar de los placeres del mundo. No se atrevió en un principio á manifestarlo á su compañero; pero afectando hallarse indispuerto, le dijo que queria comer carne y beber vino, y que si no se lo daba, estaba resuelto á abandonar el desierto. Afligido el compañero con semejante exigencia, condescendió con ella, temiendo que llevase adelante su resolución. Pero viendo aquel desgraciado que su pretexto no le daba el resultado que apetecía, le declaró, por último, que queria ir á la ciudad. Su compañero trató de disuadirle, pero inútilmente. Grande fué el dolor que se apoderó de su alma, y no pudiendo resolverse á abandonarle del todo, le siguió de léjos para ver el camino que tomaba, y notó que entraba en una casa de

mala nota. Esperó á que saliese, y léjos de reprenderle, le abrazó tiernamente, y le exhortó á que volviese á la soledad. Esta dulzura le llenó de confusión, y le hizo entrar en sí mismo. Conoció toda la fealdad de su pecado, concibió un sincero arrepentimiento, y emprendió el camino del desierto en unión de su compañero, encerrándose en una celda, y trabajando con el mayor esfuerzo por expiar su falta con ayunos, oraciones y lágrimas. Dios hizo conocer por medio de un milagro que le era agradable su penitencia, y que por su gracia le habia devuelto á su anterior santidad : pues hallándose afligido el pais por una grande sequía, se le reveló que acudiese á este penitente para alcanzar el término de esta calamidad por medio de sus oraciones. La persona á quien se hizo esta revelación, la manifestó al pueblo, el cual acudió á la celda del solitario, postrándose á sus pies para que elevase sus oraciones al cielo. Hízolo así, y su oración fué acompañada de una abundante lluvia.

Termina, por último, san Juan Chrisóstomo su exhortación á Teodoro con estas palabras : « Levántate de la tierra, querido Teodoro, y sacude el polvo de que te has cubierto. El enemigo que se ha envanecido de darte un golpe mortal, se llenará de espanto, cuando te vea tomar de nuevo las armas de la penitencia, y no se atreverá á atacarte, como hasta aquí lo ha hecho. Pues si las caídas de otros sirven para hacernos más sabios, ¿ con cuanta más razón servirán las nuestras para producirnos el mismo efecto? Yo espero, que, entrando dentro de tí mismo, volverás á tus antiguos ejercicios con tanto fervor, que, con los auxilios del Señor, llegarás á una virtud mayor aún que la que tenias ántes de la caída, y que ayudarás á los demás á hacer progresos en ella. Sólomente te pido por el pronto, que no te desanimes, y esto te lo repetiré siempre que encuentre ocasión ; pues estoy persuadido que, si sigues este

consejo, no habrá necesidad de que te proponga otro remedio. »

DEMETRIO, ESTELEQUIO Y ESTAGIRO

Debemos á las piadosas instancias de Demetrio y Estelequio los dos excelentes libros de *la Contrición*, que san Juan Crisóstomo escribió en la soledad, y en los que ensalza mucho la virtud de estos santos varones. Cree Tillemont que Demetrio no vivia en el desierto, sino en Antioquía, en donde profesaba la vida monástica, como lo habia hecho san Crisóstomo bajo la dirección de Diodoro, y ántes que se retirase á la montaña. Pero Bulteau opina que ambos varones vivian en una misma soledad. Como quiera que sea, Demetrio era monje, como aparece del título del primer libro que el Santo le dedicó. Era de una excelente piedad : no suspiraba más que por el retiro, y su soledad le era muy amada. Tenia una especial afición á la oración que practicaba con el mayor cuidado, ejercitándose al mismo tiempo con gran fervor en la mortificación, y ofreciéndose sin cesar á Dios como una víctima de penitencia.

Aunque se hallaba penetrado de un sentimiento vivísimo de compunción que con frecuencia le hacia derramar abundantes lágrimas, su humildad le ocultaba este dón precioso, y estaba tan léjos de creer que lo hubiese recibido, que, tomando las manos de san Juan Crisóstomo, cuando le veía, las besaba con efusión, y le pedia que quebrantase su corazón endurecido y rompiese su hielo con el fuego de